

Artículo de Pedro Casas

LAS ELECCIONES: MIRADAS DESDE LA IZQUIERDA

Han pasado varias semanas desde las últimas elecciones generales, sobre las que se ha escrito bastante, en particular sobre la debacle sufrida por IU. Quisiera con estas líneas hacer mi propia contribución personal al respecto.

Sobre el bipartidismo.-

Es verdad que en las pasadas elecciones los partidos mayoritarios han acaparado un porcentaje de votos superior al de anteriores ocasiones. Pero el bipartidismo no lo es todo, al menos por el momento. En las nacionalidades históricas existe una representación política bastante plural (cuando no lo prohíben como ha ocurrido en estas últimas elecciones en Euskadi), y convocatorias anteriores avalan el hecho de que una coalición como IU, o un partido como el PCE han llegado a superar el 10% del electorado. Algo habrá pasado para haber dilapidado ese capital existente, y que no se explica todo por ningún Tsunami, pues el peligro del bipartidismo, sin dejar de ser cierto, lo llevamos escuchando desde la época de Carrillo, y ya han pasado años.

Es un hecho reconocido que España ocupa ya uno de los lugares privilegiados como potencia económica mundial, con intereses imperialistas muy poderosos en ciertas zonas del mundo como América. Por lo tanto no es de extrañar que el comportamiento electoral se vaya pareciendo cada vez más al de los países que gozan de esa posición mundial.

El crecimiento económico experimentado en nuestro país (o para ser más exactos, el crecimiento experimentado por empresas con sede social en España) en los últimos años se ha producido de forma muy desigual, como el capitalismo acostumbra; pues mientras algunas de esas empresas han acumulado en proporciones no conocidas anteriormente, muchas capas sociales se enfrentan a dificultades cada vez mayores, como es el caso del acceso a la vivienda, o la precariedad laboral que sufren los jóvenes, los inmigrantes, etc. Pero no es menos cierto que ha aumentado la población con capacidad inversora en bolsa o inmuebles, configurando un capitalismo cada vez más "popular".

Este crecimiento económico ha conllevado también un fenómeno inmigratorio, desconocido en nuestro país 10 años atrás, siendo estos nuevos trabajadores (sin derechos sociales muchos de ellos, ni políticos la mayoría), los que conforman la nueva clase obrera extra-explotada, cual nuevo esclavismo moderno. Ocupan los puestos de peor calidad laboral, tanto en salarios como en seguridad y precariedad, mientras que los trabajadores autóctonos (que son los que pueden votar), se quedan, generalmente, con los puestos de más alto social, mayoritariamente en los servicios.

La clase obrera que luchó y se organizó por conquistas sociales y contra el franquismo en los 60 y 70 ha experimentado un cambio notable, acentuado por la desindustrialización promovida por el PSOE en los años 80, y el desmantelamiento de las grandes empresas industriales y de algunos servicios. Y esto también se refleja en la nueva composición social de unos pueblos y barrios, habitados por antiguos obreros industriales convertidos ahora en parados y jubilados, en los que tiene cierta influencia el discurso xenófobo y cínico de la derecha LePenista española, como ocurre en otras latitudes europeas.

El creciente bipartidismo político viene a ser un rasgo evidente de esta evolución en nuestro país, lo que no resulta muy esperanzador para quienes queremos un cambio de sociedad en dirección contraria. Pero resulta aún más desalentador el hecho de que el electorado, (que en sí mismo es una categoría conservadora, que lo que busca en la estabilidad del sistema), se incline por el partido más a la derecha, de la extrema derecha ultra-liberal, en aquellas zonas en las que presenta su faceta más descarada y corrupta, como ha ocurrido en Madrid, Comunidad Valenciana y Murcia. Esta ostentación de dinero, inversiones, corruptelas y privatizaciones, sin límite alguno, parece concitar el apoyo de nuevos sectores de población, que pueden sentirse atraídos por el becerro de oro (sea cual sea su procedencia), y deseosos de participar de las migajas de esta orgía especulativa.

La ley electoral.-

Es obvio que en España tenemos, además, una ley que favorece descaradamente el bipartidismo, aunque no tanto como en otros países, y está bien que la sociedad sea consciente de lo injusto que resulta el actual sistema electoral, pero no por culpa del Sr. D'Hont, (al que todavía siguen culpando algunos), sino por el desigual reparto de las circunscripciones provinciales, lo que es un invento no de la ley, sino de la propia Constitución de 1978. Y sin olvidar el Senado, que solemos ignorar por su casi nula utilidad, y al que se accede por un sistema mayoritario puro. Pero esto no es nuevo, y por eso resulta un tanto patético que ahora un partido se lamenta de lo que lleva sufriendo desde 1977, y que para denunciar la ley compare sus resultados con los de fuerzas nacionalistas (que no son las que se benefician de la misma), en lugar de hacerlo con el PSOE y PP que son los auténticos "ladrones" de sus escaños y beneficiarios máximos del sistema.

En cualquier caso es necesario que, aunque algo tarde, se reclamen cambios de la normativa electoral en un sentido de mayor proporcionalidad, porque ya se escuchan voces desde la derecha que lo que quieren es todo lo contrario, un sistema mayoritario más o menos puro, con la reducción de las circunscripciones, como por ejemplo pretenden en Madrid.

En estas circunstancias, ¿tiene espacio y futuro una fuerza de izquierdas transformadora?.-

Mi opinión es que sí, siempre y cuando se tenga bien claro cuál es su papel, su verdadera "utilidad" desde la perspectiva transformadora y defensora de los intereses de la clase obrera y sectores populares. Para que pueda conseguir cierto apoyo electoral de la población, la fuerza que se presenta tiene que ser capaz de presentar un perfil propio, un programa realmente diferente, un modelo de sociedad radicalmente nuevo; pues de lo contrario, no sólo no ilusiona, sino que convierte en "realmente inútil" el apoyo que reciba. Si todo el programa electoral se reduce a conseguir un ministerio, como Llamazares ha clamado en la última campaña, bastaría con meterse en alguna corriente de izquierdas del partido mayoritario; es el camino recorrido en las últimas décadas por los "realistas" de Carrillo, los de Curiel, los de Nueva Izquierda, etc., con el resultado por todos conocido. Si sólo se pretende ser un poquito más, si de lo que se trata es de gestionar las miserias del capitalismo, no es necesaria la existencia de un partido diferente.

En los años 90 se criticó duramente a Anguita, tanto dentro como fuera de su partido. Pero con su presunto "mesianismo", y su "falta de realismo" consiguió unos resultados "realmente" mejores, el triple, que los obtenidos por los actuales

defensores del realismo y el posibilismo. Incluso el PCE, en solitario, obtuvo los mejores resultados, en porcentaje y escaños, conseguidos por un partido a la izquierda del PSOE desde 1977. No conviene pasar por alto el hecho de que algunos de los partidos comunistas que no quisieron maquillar su programa en los años 70, son hoy los que mantienen unos porcentajes de voto mejores entre la izquierda alternativa.

El final de IU.-

En alguna ocasión he mantenido que IU no tiene arreglo, y seguramente ahora menos que nunca. Porque las familias, más que corrientes, que lo han venido mangoneando en los últimos tiempos, no la han respetado, tratando de situarse cada cual en los mejores lugares para medro personal. Me estoy refiriendo a las cabezas visibles de la coalición, no a los militantes que han continuado con su trabajo, a pesar de sus líderes. IU ha reproducido y aumentado todos los vicios que heredó de un PCE ya en decadencia. Lo que al principio eran corrientes ideológicas, se convirtieron al poco en grupos o familias de intereses, en cuya pugna se percibía cómo el que había estado hace poco con A ahora estaba con B, y mañana con C, sin escrúpulo ninguno. Cuando no hay debate ideológico, sino simple táctica electoral o duelos por el poder, difícilmente puede uno saber a qué atenerse, pues los más listillos, no los más profundos, son los que siempre se llevarán el gato al agua.

Supongo que la desaparición de IU (y lo digo esto sin ninguna alegría) vendrá precedida de la última pelea por ver quién se queda con el patrimonio (con permiso de los acreedores bancarios) y con unas siglas que todavía aglutinan a 1 millón de votantes. Entre los del PCE, (que llevan amagando tiempo incluso con abandonar IU) y los que apuestan por un perfil más verde (como propugnaba Llamazares, con los resultados que están a la vista), se sitúan los del aparato, capaz de cooptar a unos y otros, como así ha ocurrido en congresos, asambleas y listas electorales, y cuya única propuesta es controlar la organización para mayor gloria de ellos mismos, pues poco confesables son los comportamientos de algunos de sus representantes públicos. Supongo que entre los tres darán la puntilla y acabarán con el poco crédito que le queda a la coalición.

Quizá el PCE se aventure en solitario para recuperar el espacio que cedió en exclusividad a IU; pero si lo intenta se equivocará, fundamentalmente porque el PCE ya fue desahuciado por sus propios dirigentes, renunció a la actividad política (reducida a una fiesta anual) e incluso a la lucha (en pocas movilizaciones se les ha visto, como organización, en los últimos años), y no creo en la resurrección de las personas, y menos de las organizaciones. Lo que sí creo es que el nuevo proyecto que nazca debe contar con el PCE y su historia de lucha obrera y anti-franquista en los más diversos sectores. Muchos de los cientos de miles de votantes del PCE e IU proceden de esa tradición histórica, y con ella habrá que contar en el futuro. Las diferentes organizaciones escindidas del PCE a lo largo de su historia deben reconocer, con modestia, el poco alcance que tuvieron sus andanzas. Este reconocimiento de las limitaciones propias y ajenas, debe llevarnos al convencimiento de que en el nuevo proyecto cabemos muchos, si no todos; y que no se trata de negociar "cuotas" de poder, pues mal empezaríamos. No olvidemos que cada país y pueblo tiene su historia, y el nuestro no es una excepción.

Una nueva fuerza política.-

Cualquier intento por gestar y dar a luz una fuerza política anti-capitalista, con capacidad también de representación institucional, debería tener presente además

estos

aspectos:

- Debe estar ligada a las luchas pasadas (como se dijo antes) y a las presentes y futuras, y sus respectivas organizaciones; pero no sólo con los llamados movimientos sociales, sino, sobre todo, con los movimientos con mayor capacidad de transformar realmente las estructuras de esta sociedad, y entre ellos, en lugar destacado, el movimiento obrero, y a continuación otros movimientos con base territorial (como el vecinal) o sectorial (como el estudiantil) etc. Y tendrá que ser capaz de incorporar y defender a los trabajadores inmigrantes, aunque no voten, haciendo realidad lo que se corea en manifestaciones “nativa o extranjera, la misma clase obrera”, pues la transformación de la sociedad se hará en la calle, no en las urnas. Sin una base social fuerte y combativa, las aventuras en pro de una nueva fuerza de izquierdas no son más que meras fantasías románticas, y las tremendas injusticias del mundo actual no se merecen pérdidas de tiempo ni de energías.

- La fuerza, partido o coalición que sea capaz de recoger el testigo que deja IU, tendrá que tener un perfil ideológico claro, que yo lo situaría en el anti-capitalismo, en el radicalismo democrático (con una apuesta por la transformación de la estructura política, republicana, que dé satisfacción a las reivindicaciones territoriales), y que, sobre todo, tenga claro lo que pinta en un país convertido en potencia imperialista mundial. Esta fuerza debe aspirar a ser mayoritaria, a gobernar, pero no para gestionar el capitalismo, sino para acabar con él, porque su apuesta es por la revolución, así como suena. Aunque las perspectivas de gobernar no parecen ser a corto plazo, no por ello no debe tener un claro programa de gobierno, que debe ser su guía en todas las circunstancias y lugares, porque además, no lo olvidemos, el capitalismo está sustentado sobre pilares de barro, y sus periódicas crisis pueden desembocar en situaciones de emergencia, como la ocurrida en Argentina hace pocos años, y para tales situaciones debemos estar preparados. Aunque no gobierne, debe constituir un freno a las políticas neoliberales, pues sin esta resistencia, el capitalismo puede ser más salvaje aún, como lo estamos padeciendo a diario.

- Debe tener una posición clara ante las instituciones, Participar en ellas no es un fin, sino un medio de difusión de las ideas para llegar a más gente, para defender los intereses populares, y, en momentos puntuales, para gestionar parcelas de poder (el caso municipal, del que tenemos ejemplos para aprender y para aborrecer) siempre y cuando permitan realmente ejercer una política social coherente, que sirva de ejemplo del programa de gobierno y la ideología que lo sustenta.

- Tendrá que ser plural, ya que es plural la composición de grupos y organizaciones que luchan juntos en los últimos años por transformaciones de las estructuras. Un amplio consenso sobre los programas, sobre el funcionamiento, sobre las reglas de juego internas, pueden hacer viable un proyecto, al menos para unos cuantos años.

- Y tendrá que ser radical en los métodos organizativos y de relación con la sociedad. Si el mensaje de un partido transformador se reduce a la cara del candidato o a una frase ingeniosa, mal vamos. No podemos jugar en el terreno del capital, ni con sus propias reglas de juego, porque así nos ganarán por más diferencia todavía. Tendremos que construir nuestras formas de hacer política, de participación y de comunicación, capaces de disputar la hegemonía al poder, pero no en su terreno contaminado por el dinero, sino en el que seamos capaces construir. Para hacer lo mismo que los defensores del sistema, no hace falta crear nada nuevo. Y si nos limitamos a usar sus medios (sus grandes medios de comunicación), haremos el ridículo más estrepitoso.

- Si de verdad queremos transformar la sociedad, una de las tareas prioritarias de esta nueva fuerza, y las organizaciones que la apoyen, es frenar la expansión absoluta de la ideología consumista y neo-liberal entre las clases populares. Sólo una mayoría de personas dispuestas a construir una nueva sociedad solidaria y justa, hará posible que se pueda realizar, salvando los obstáculos que el poder económico colocará en el camino. Esta batalla ideológica la tenemos hoy más perdida que la electoral, que ya es decir. Y si no nos ponemos manos a la obra, de poco servirá el resto de lo que hagamos. Esta tarea requiere de mucho esfuerzo e imaginación, para poder contrarrestar los poderosos medios de comunicación en manos del capital. Habrá que volver a salir a la calle a repartir hojas informativas, boletines de barrio, de empresa, y conseguir que lleguen a los centros de trabajo y a los últimos rincones. No pensemos que basta con manejar Internet; la mayoría de la base social de nuestro proyecto escasamente tiene los medios y el tiempo suficiente para que Internet pueda ser su medio habitual de comunicación e información.

- El proyecto político que sustenta a la nueva fuerza política se inscribe en un proyecto de referencia mundial, que se hace eco de la explotación humana y natural del planeta; y por eso, en la medida de que los mayores perjudicados de esta explotación están fuera de nuestras fronteras, y que en los países avanzados nos beneficiamos en alguna medida de esta explotación, este proyecto encontrará rechazos entre sectores insolidarios del primer mundo, como ocurrirá por ejemplo si reclamamos un descenso en los niveles de consumo, en particular el energético. Debemos ser conscientes de ello, y por eso no desesperarnos por el hecho de no alcanzar unos determinados niveles de voto. Lo contrario es lo que debería hacernos reflexionar, sin que signifique esto una apología de la marginalidad permanente.

Todo esto lleva mucho tiempo; los atajos no sirven. Quien pretenda resultados urgentes, no sirve para este proyecto. Hay que reconstruir las organizaciones sindicales combativas, y fortalecer otras en diferentes ámbitos de la lucha; sin una base social amplia y fuerte, cualquier fuerza política carecerá de base real. Sólo trabajando, sembrando, sin saber si seremos nosotros o los que vengan detrás los que recojan, se podrá conseguir un resultado provechoso.

Pedro Casas

Abril 2008